JEAN OUSSET Y LOS FUNDAMENTOS DE LA POLITICA

POR

MIGUEL AYUSO

Apenas conocí a Jean Ousset. Dos encuentros en quince años, en los últimos quince años, de los cuales sólo el segundo tuvo una cierta duración e intensidad —con motivo de mi asistencia al último Congreso del ICTUS, en Versalles, en noviembre de 1992, donde hablamos en varias ocasiones y cenamos juntos una noche—, resulta una experiencia francamente insuficente. A pesar del vigor de su personalidad, que despuntaba incluso entre los signos más que palpables de la decadencia de sus muchos años. Tampoco asistí a su contribución al nacimiento y desarrollo de la Ciudad Católica española. Pues aunque hombre de la Ciudad Católica en la primera hora de mi vida, por razones forzosamente cronológicas llegué a ella cuando quedaban lejos los años fundacionales e incluso los de crecimiento y expansión, en los que Jean Ousset hubo de tener una poderosa influencia, luego transformada —que no olvidada, preterida o repudiada— a través de su incorporación a un acervo radicado en el pensamiento tradicional hispano. Por tanto, queriendo contribuir a su homenaje ahora que ha desaparecido, no tengo más remedio que centrarme en la obra escrita. Y, de entre sus numerosos libros y ensayos, he elegido el que —firmado por nuestro hombre bajo el pseudónimo de Jean Marie Vaissière— lleva por título *Fondements de la Cité,* en la edición original francesa, y *Fundamentos de la política* en la traducción castellana, antes publicado por capítulos en *Verbo* como *Introducción a la política.*

Tal obligada reducción, sin embargo, no deja de resultar en alguna medida decepcionante y desnaturalizadora de su verdadero

signo, en cuanto que Jean Ousset —a diferencia de otros distinguidos representantes del movimiento católico de su generación, como por ejemplo Jean Madiran, que siempre ha contado con todas mis predilecciones— no ha sido, ni ha querido ser, principalmente un escritor o un intelectual, cuanto el fundador de un movimiento y el difusor de una metodología de formación doctrinal y animación cultural. La trascendencia de su aporte en ese orden, ciertamente notable, alcanza hasta suponer —como destacó muy agudamente Jacques Trémolet de Villers, su sucesor hoy al frente de ICTUS, en nuestra XXXI Reunión de amigos de la Ciudad Católica— una indudable inflexión en el curso de la contrarrevolución en Francia, una nueva época en su historia tras el ciclo maurrasiano. En este sentido no son de echar en el olvido las palabras con que Charles Maurras, en 1944, en uno de sus últimos actos públicos, preconizaba a Ousset —y a Madiran precisamente— como llamados a capitanear las fuerzas de la contrarrevolución. Vaticinio cumplido con exactitud, aunque por desgracia la identificación entre ambos no duraría mucho tiempo y pronto habrían de recorrer caminos diferentes en el servicio de idéntica causa.

Centrado el objeto de esta nota en lo anterior, trataré de discurrir por tal sendero, orillando toda suerte de incitaciones y entretenimientos y dejando para Juan Vallet y Estanislao Cantero, respectivamente, el desarrollo de la incidencia de Ousset en España y en el cuadro de la contrarrevolución en general.

Me parece que los *Fundamentos de la política,* si los reducimos a lo sustancial, desprendiéndolos de cualquier otra consideración marginal o accesoria, tocan a uno de los ejes principales sobre los que se ha articulado desde sus comienzos nuestra labor de *Verbo* y la Ciudad Católica. No se trata sino de la existencia de un orden natural, creado por Dios, que el hombre ha de descubrir, reconociéndolo y sometiéndose al mismo. Orden en el que éste ocupa un lugar señero, pero que le trasciende al tiempo, porque, dotados de libertad e inteligencia, no sólo somos objeto del mismo, sino también sujetos, en función de causas segundas de su causa primera, es decir, de Dios con su Providencia.

No estará de más que comencemos a desbrozar el contenido del libro. Ousset, tras unas «consideraciones previas», de carácter introductorio, en las que se pregunta cómo organizar una sociedad de hombres libres, distribuye sus reflexiones en cuatro partes: «la verdad en el orden humano», «finalidad del hombre y orden social», «la libertad» y «la autoridad».

En efecto, el hombre se nos presenta como animal social y político. No sólo social —los animales también viven en sociedad bajo una constitución ciega—, sino también político, porque «goza de un poder de organizar por sí mismo, más o menos a su gusto, la sociedad a la que pertenece». Tocada en consecuencia la política por su carácter libre, pero afectada también de ciertas inexorabilidades, ¿cómo conciliar ambos aspectos? Inmenso problema —contesta— «de la discriminación de lo necesario y lo contingente, de lo que es obligatorio y de lo que es libre, de lo que es universal y de lo que es particular». De ahí deriva la cuestión decisiva, que levanta grandes dificultades, y no solamente teóricas, de si existe una verdad en política: «Las doctrinas más opuestas, las teorías más hostiles al sentido común tienen sus prosélitos. Negación de lo real o rechazo de creer en la posibilidad de su conocimiento; defensa de una libertad anárquica, o determinismo absoluto de los actos humanos; identidad del ser y de la nada, fijismo o evolucionismo, tales son algunos signos extremos en las disputas que tienen lugar a nuestro alrededor y que enloquecen los espíritus. Todo ha sido afirmado o negado. Hasta el punto de que muy pocas nociones hay más devaluadas que la noción de verdad». Y la respuesta tajante: «En la medida en que los hombres han perdido el sentido de la verdad, importa hacérsela conocer y comprender mejor para que vuelvan a cogerle el gusto. Para iluminarles. Para fortificarles. Para incitarles a comprometerse con confianza y entusiasmo en el combate del orden verdadero contra los asaltos, demasiado tiempo victoriosos, de la subversión».

La primera parte, que arranca de la desembocadura de estas consideraciones liminares, aborda directamente el tema de la verdad en el orden humano. Nuestro autor toma como lemas dos

breves textos de Juan XXIII y, a continuación, se enfrenta con el «problema de los universales»: somete a crítica el nominalismo y el idealismo; defiende lo que llama «realismo integral» y explaya las consecuencias de esta solución en el plano socio-político.

En efecto, primeramente, si acudimos a *Pacem in terris*, hallamos un nítido reconocimiento de que «la convivencia civil sólo puede juzgarse ordenada, fructífera y congruente si se funda en la verdad» (núm. 35). Y es que el orden social «se funda en la verdad, debe practicarse según los preceptos de la justicia, exige ser vivificado y completado por el amor mutuo y, por último, respetando íntegramente la libertad, ha de ajustarse a una igualdad cada día más humana» (núm. 37). Encuentro, más allá de las precisiones estrictamente teoréticas que pudieran hacerse —que, como he dicho, resultan impertinentes para juzgar no sólo esta obra sino toda la producción de Ousset, encaminada de manera prioritaria a la «formación para la acción» de unas élites que sean capaces de operar en los medios más entreligados con la naturaleza de las cosas, con ánimo de reconstruir a partir de ahí la sociedad desde sus cimientos naturales y cristianos—, de un gran acierto el planteamiento del desaparecido maestro. La verdad es una de las cuestiones fundamentales que orientan todo lo humano y, en primer término, la organización de la Ciudad. Si se desespera de alcanzarla deviene inútil tratar de la orientación que ha de darse a las estructuras sociales, e inútil agotarse en reformarlas. Pero si nos aferramos a ella, entonces, el buen orden de la Ciudad se nos presenta como merecedor de desvelos y de dedicación desinteresada, inteligente, competente, prudente y tenaz.

No obstante la naturaleza de este escrito, considera pertinente su autor acercarse, antes de detenerse en las implicaciones políticas de la verdad, al problema de los universales. Todavía recuerdo la impresión que me produjo esta parte del texto cuando, alumno de bachillerato, comencé a estudiarlo por mi cuenta antes de comenzar a acudir a las «reuniones de los martes». Impresión reproducida año tras año, durante cerca de diez, en los grupos de trabajo que pronto comencé a coordinar entre universitarios y que seguían como manual el libro a que dedico esta nota. Las pregun-

tas: ¿Reside la verdad más en lo que cambia que en lo que permanece? ¿O en ambas cosas? ¿Cómo determinar las relaciones entre lo contingente y lo necesario, lo accidental y lo esencial, lo particular y lo universal, el conocimiento sensible y el inteligible? Y la explicación de las tres soluciones: nominalismo, idealismo y la «verdadera solución».

Para el primero las ideas no tienen más valor que el de un nombre: de ahí deriva una serie de consecuencias religiosas —pues la verdad no «es», sino que «se hace», generando un auténtico horror a los dogmas—, morales —repulsa de «los» principios morales y de «la» doctrina— y políticas —nada de naturaleza humana, nada de orden político—; para el segundo, por su parte, la idea es la única realidad, disolviéndose lo sensible en simples apariencias y llevando consigo la mutilación de todo lo que es personal, concreto. Ousset pone especial énfasis en las «convergencias nefastas del nominalismo y del idealismo»: «El error está tanto de un lado como del otro. Porque a pesar de su oposición literal, los dos sistemas, muy lejos de neutralizarse, llegan a complementarse para destruir mejor (...). Si el nominalismo niega las realidades del mundo inteligible, el idealismo niega las realidades del mundo sensible y material. Pero, ¿qué son, qué pueden ser la razón y la inteligencia así cortadas o separadas de este mundo sensible y material? Privadas de esta referencia tanto como de este control, que juega también su papel de freno o de corrector, la inteligencia y la razón no pueden más que embriagarse de sí mismas. Especialistas, en cierta manera, de lo universal y de lo general, ellas generalizaron y universalizaron libérrimamente; es decir, a su completo arbitrio... ¡Razón e inteligencia desencarnadas! El frenesí lógico será en adelante su ley. Y tendremos, como ya hemos padecido, todos los excesos de la razón llamada razonadora. Locura racionalista del siglo XVIII, tan desastrosa y tan revolucionaria como el nominalismo».

Los frutos de las esquematizaciones insensatas del idealismo están a nuestra vista: despersonalización, desencarnación, desarraigo de los hombres auténticos, terror para los recalcitrantes. En suma: la guillotina, los asesinatos en masa, los campos de con-

centración, los lavados de cerebro, para los que rechazan doblegarse de buen grado al «idealismo» planificador. Es ahí —continúa— por donde el idealismo se aproxima al nominalismo, suministrándole el proyecto de organización política y social que éste no puede dejar de propugnar: «Planificación racionalista que el nominalismo admite muy gozoso para compensar el efecto disgregador de sus teorías. Habiendo descartado este orden y estas leyes, que él rehúsa ver en lo real inteligible, el nominalismo no puede sino sufrir el yugo de una razón racionalista, tanto más feroz cuanto más desencarnada».

La que llama «verdadera solución» se va abriendo paso primeramente a través de la crítica de nominalismo e idealismo, para poco a poco ir desvelando su verdadero rostro en la afirmación de la «verdadera metafísica». Así, la crítica del nominalismo nos muestra la permanencia de las leyes del cambio, pero también deja ver la existencia del orden; y la crítica del idealismo, en cuanto reflexión de una inteligencia que no es inteligencia de nada, nos conduce hacia la aprehensión de lo inteligible en lo sensible. Las conexiones inteligencia-sentidos, alma-cuerpo, universal-singular, extensión-unidad, calidad-cantidad, esencia-existencia, ser-devenir, potencia-acto van desenvolviéndose armónicamente en el seno del realismo moderado, que Ousset denomina «integral». Calificativo que, a pesar de separarse de la convención terminológica de la filosofía cristiana, me parece muy correcto al ayuntar el realismo gnoseológico con el metódico, resultando a la postre auténticamente integral.

Pero, la verdadera solución del problema de los universales es algo más que un «descubrimiento científico». Repercute inmediatamente sobre el hombre y su comportamiento. Así pues, sentados los cimientos del problema del conocer, puede avanzarse en la explanación de las exigencias de la verdad en el plano social y político. Que nos muestran la existencia del orden, porque, «mientras los diversos 'monismos' (del ser o del devenir) dejan al hombre extremadamente libre de pensar o de actuar a su antojo, con el 'realismo integral', un orden se impone; y no solamente un orden, sino la personalidad misma del Ordenador». Orden a

la vez natural y divino; que conjuga el sentido de lo universal y de lo particular, de lo humano y de los hombres; que opera con firmeza y suavidad al tiempo, armónica y rigurosamente. De ahí derivan importantes exigencias, pues hemos de adherirnos con entusiasmo a la doctrina sin olvidar la prudencia que un sano empirismo impone —doctrina, prudencia y programa deben ser cuidadosamente separados—, hemos de discernir que la sinceridad no siempre se corresponde con la verdad y, finalmente, hemos de cohonestar la caridad con la verdad, superando con la recta filosofía y el aporte cristiano su dialéctica.

Estas páginas por la que, con cierto detenimiento, acabamos de transitar, presentan —a mi juicio— un notable interés. En ellas no solamente se sientan las bases doctrinales, sino también las metodológicas de la acción de la Ciudad Católica. En su simplicidad, ajena al tecnicismo filosófico, y en su secuencia discursiva, me parecen un tesoro de saber ajustado a la realidad, presupuesto de un obrar conforme con la misma. Las tres partes restantes las recorreremos con más premura, pues no pretendo tanto con estas líneas resumir el contenido de una obra singular, cuanto ofrecer algunas claves que faciliten extraer el máximo provecho de una lectura que aconsejo vivamente.

La segunda parte —«finalidad del hombre y orden social»— consiste en una glosa encendida, polícroma y vehemente de las palabras iniciales de la primera meditación de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola, conocida como de «Principio y fundamento»: «El hombre es criado, para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden». Dos son, en una primera aproximación, los puntos que destacan.

El primer aspecto comporta corolarios de gran trascendencia: que Dios es el único fundamento serio de la obligación moral; que las sociedades tienen deber de rendirle culto público; que,

en síntesis, como escribió Dostoievski, «si Dios no existe, todo está permitido». La pena de muerte, el propio castigo de los criminales, la eutanasia, etc., son temas que parecen implicados en las premisas anteriores. Ousset, para cerrarlos, ofrece dos juicios. Uno del magisterio y otro de la ciencia política: «Si examinamos atentamente —decía Pío XII en 1958— las causas de tantos peligros presentes y futuros, veremos fácilmente que las decisiones, las fuerzas y las instituciones humanas están inevitablemente abocadas al fracaso, en la medida que descuiden, priven del honor que les aporta o incluso supriman, la autoridad de Dios, que es luz de los espíritus por sus mandamientos y prohibiciones, principio y garantía de la justicia, fuente de la verdad y fundamento de las leyes». «Sin la unidad divina y sus consecuencias de disciplina y de dogma —escribía el agnóstico Charles Maurras—, la unidad mental, la unidad política, desaparecerían al mismo tiempo, y no se rehacen más que si se restablece la primera unidad. Sin Dios, ya nada hay verdadero ni falso; ya no existen derechos, ya no existe ley. Sin Dios, una lógica rigurosa equipara la peor locura a la razón más perfecta. Sin Dios, matar, robar, son actos de una perfecta inocencia; no hay crimen que no resulte indiferente ni revolución que no sea legítima; porque, sin Dios, el principio del libre examen es el único que subsiste, principio que puede excluirlo todo, pero que no puede fundar nada».

Ousset, se puede apreciar mejor en el texto íntegro que en los recortes a que necesariamente hemos de ceñirnos, se sitúa inequívocamente en un terreno atrevido. Como comentario, debe observarse simplemente, pues, que en modo alguno desconoce la armonía existente entre el orden natural y el sobrenatural. Después de haber dedicado consideraciones tan certeras a aquél, carecería de sentido que prescindiera del mismo en este punto. Al contrario, entiendo que se trata tan sólo de un acento expositivo, ya que la primera enseñanza sobre esa armonía la esculpió Santo Tomás de Aquino en su fecundísima sentencia: «Como la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona, es necesario que la razón se ponga al servicio de la fe, como que la inclinación natural de la voluntad rinda obsequio a la caridad».

El segundo aspecto conduce a situar el papel de la sociedad en relación con la persona y a la luz del fin último del hombre. Sin entrar en las sutiles polémicas que ocupaban a teólogos y filósofos en relación con el «personalismo» y el «comunitarismo» —repárese en nombres como Maritain, De Koninck, Eschman, Santiago Ramírez o Leoplodo Eulogio Palacios— en los años en que Ousset comenzaba su labor, con gran sencillez nos introduce en realidades tales como el carácter de la sociedad como medio de desarrollo de la persona, el tesoro que constituye para los hombres y, sobre todo, la dependencia de la forma dada a aquélla para el bien y el mal de las almas. Por tanto, su exposición subraya la dimensión comunitaria —sin que en páginas anteriores haya olvidado estampar que el orden humano es esencialmente personal—, especialmente desde el ángulo operativo de transformación de las estructuras sociales con vistas de «crear condiciones sociales únicamente encaminadas a hacer posible y fácil una vida digna de hombre y de cristiano». Una vez más me admira cómo, sin una sola cita técnica, siquiera los textos de Santo Tomás, Jean Ousset, ante una auténtica *crux interpretum,* acierta a expresar la mejor doctrina, y no sólo desde el ángulo teorético, sino también desde el práctico. El «politique d'abord» maurrasiano está incorporado, a la vez que trascendido, en un enfoque que a veces me retrotrae a los textos de nuestro inolvidable maestro Eugenio Vegas Latapie. Los epígrafes rebosan fuerza: «importancia de la política para la salvación de las almas», «a mal social, remedio social», etc. La conclusión explicita una operación en tres tiempos: a nosotros, laicos católicos —viene a decir— nos concierne (1) trabajar en la formación de un cierto número de hombres (2) que —actuando después sobre las instituciones como una palanca— contribuirán a la instauración de un orden social cristiano, (3) que a su vez permitirá una influencia general y duradera que torne más facil la acción específicamente apostólica. Ni politicista ni individualista, en su concepción brilla el realismo del orden natural y el fin apostólico sobrenatural.

Las partes tercera y cuarta se enfrentan, respectivamente, con la libertad y la autoridad. Binomio indisoluble, para muchas es-

cuelas cuadratura del círculo de la teoría política, Ousset, con la simplicidad que hemos venido viendo preside todas sus tomas de posición, se interroga acerca de cómo gobernar a los hombres sin que dejen de ser libres. Frente a la falsa libertad de los liberales y de los anarquistas, presenta la verdadera libertad de los hijos de Dios. Para ello muestra ligada esa verdadera libertad a la inteligencia del orden divino, y de la misma deduce que la libertad lo es en las libertades. La insistencia en los cuerpos intermedios, característica de la Ciudad Católica, recibe así un basamento más hondo que el simplemente utilitario. La descentralización o la regionalización, o el federalismo, o el foralismo, arraigan en la recta concepción de la libertad, que, a su vez, no puede captarse fuera de la recta comprensión del hombre, de la antropología filosófica. La autoridad, por su parte, dimana del orden en la utilización de las cosas que están sobre la tierra, presentándose como «jerarquía en el amor verdadero». Todo poder viene de Dios, de manera que el pueblo, posible órgano de designación del poder, no está constituido en fuente del mismo. Y su ejercicio viene justificado por su objeto, pues la legitimidad no puede comprenderse sino como un servicio adecuado en el ejercicio a su objeto. La esencial igualdad humana y los beneficios de las jerarquías (desiguales) sociales, completan el panorama de este último y más breve de los bloques que componen el libro.

También aquí son muchas las consideraciones que podrían enderezarse a unas páginas que, si más escuetas que las anteriores, no poseen menor riqueza. E igual también que en ellas, al releerlas ahora algunos años después no sólo de la primera lectura, sino incluso de las que le siguieron, encuentro perfiles que me habían pasado inadvertidos, pero, sobre todo, un sentido global que sólo puede surgir de una cosmovisión adecuada. De todos los manuales introductorios que a lo largo de la vida de la Cuidad Católica hemos seguido en las células de formación, siempre preferí los *Fundamentos de la política* de Jean Ousset. Me parecía que combinaban admirablemente introducción a la filosofía, principios de ciencia política, magisterio de la Iglesia y orientaciones apostólicas. Con *Para que Él reine,* donde se desarrolla la lucha

entre revolución y contrarrevolución en la historia, tomando por eje el avance del reino de Cristo, los *Fundamentos de la política,* constituyen un instrumento ejemplar para la formación cívica y acción doctrinal, según el derecho natural y cristiano, que treinta y tantos años después de su fundación, la Ciudad Católica y *Verbo* siguen pregonando como su misión al servicio de la Iglesia. Y no sólo para los incipientes, sino para todos, incluidos proficientes y —si alguno se atreviese— perfectos. Animo a todos nuestros lectores, a los de prima, a los de tercia, a los de sexta y a los de nona, a lucrarse del saber atesorado y luego expandido por un apasionado y nada pretencioso escritor francés, creador de una importante red apostólica, cultural y política a la que debemos nuestra existencia y que nos acaba de dejar.